





REFLEXIONES EN TORNO A LA FORMULACIÓN DE UNA POLÍTICA DE PESCA MARINA CON COMUNIDADES INDÍGENAS:

MIRANDO EL CASO DE UNA POBLACIÓN WAYUU EN DOS MOMENTOS HISTÓRICOS¹

Por: Jorge Sánchez-Maldonado²
jorgesanchezmaldonado@gmail.com

P

ensar una política de manejo pesquero artesanal marino en Colombia coherente con la posición asumida por el Estado colombiano frente a los pueblos indígenas³ implica tácitamente que se apueste por el reconocimiento cultural del que habla la Constitución Política de Colombia de 1991. A su vez, imaginar las condiciones de posibilidad de éxito de dicha política implica reconocer las especificidades económicas, sociales y culturales de las diferentes poblaciones de la costa colombiana que ancestralmente han mantenido una estrecha relación con el mar.

Al mismo tiempo -y como la política vincula y establece relaciones de poder entre diversos sujetos-, a aquellos sujetos que la diseñan (académicos, funcionarios públicos, etc.) les asiste la necesidad ética de elaborar un análisis

crítico de las relaciones de poder en las cuales históricamente estas poblaciones han estado inmersas.

El presente artículo establece un análisis de las relaciones de poder que sujetan a miembros de la población indígena de la Guajira colombiana a políticas relacionadas con pesca en dos momentos históricos. Del Primer momento de la pesca en La Guajira colombiana se resaltan las formas de explotación a las que estaban sometidos los denominados “indios de perlas” en el Siglo XVI, llamando la atención sobre las medidas tomadas por los españoles en el contexto de las “pesquerías de perlas”, argumentando tales medidas constituyen las primeras políticas asociadas a la pesca y que pueden entenderse como “políticas de muerte” dadas sus consecuencias para la población.

El Segundo momento de la pesca en La Guajira colombiana está informado por una serie de descripciones etnográficas que pude recoger en mi trabajo de campo durante el 2009 en una de las comunidades de pescadores wayuu en La Alta Guajira colombiana llamada Ahuyama. Este segundo momento resalta las formas locales de producción, distribución, cambio y consumo en la comunidad de pescadores, atendiendo al hecho de que hoy podrían constituir una serie de elementos clave para que una política de manejo pesquero artesanal marino en Colombia asuma el reconocimiento no sólo en términos culturales, sino también económicos y epistémicos de las formas de vivir y ser en estrecha relación con el mar. El reconocimiento de esos dos momentos puede enriquecer las posibilidades de generar una política de pesca marina más justa y además, económica y ecológicamente más eficiente, en la medida en que se toma distancia de una única visión (la occidental) frente al mundo.

En la primera parte se ofrece un contexto a las pesquerías de perlas en el Siglo XVI, en la segunda parte, me centro en la descripción de los modos de trabajo contemporáneos desarrollados por los pescadores wayuu esta vez no bajo el dominio y régimen de explotación español, sino bajo las lógicas económicas y políticas de los miembros de la comunidad de Ahuyama, para presentarlos como elementos claves de una forma otra de conservación ambiental y una alternativa a las formas dominantes (occidentales, capitalistas y modernas) de relacionarse con aquello que hemos venido entendiendo como “naturaleza”.

- 1 El presente artículo ha sido escrito a partir de mi tesis de pregrado denominada Políticas de la pesca ayer y hoy en La Guajira colombiana: colonialidad del poder, invención del pescador e intervenciones biopolíticas y disciplinarias, patrocinado en gran parte por el Proyecto En busca de un manejo pesquero artesanal marino en Colombia de la Universidad del Magdalena y Conservación Internacional. Agradezco especialmente a la doctora Lina Saavedra Díaz, directora del proyecto en mención y codirectora de mi tesis toda la colaboración y apoyo financiero prestado, sin el cual no habría sido posible sacar adelante mi la fase de campo de mi investigación. Así mismo, agradezco enormemente los aportes que el Doctor William Martínez Dueñas hizo a mi formación como antropólogo e investigador por las discusiones y provocaciones que me brindó como director de mi tesis de antropología. Vale la pena aclarar, sin embargo, que a pesar de la invaluable colaboración de estos docentes de la Universidad del Magdalena, las ideas emitidas en este artículo y sus errores son exclusivamente responsabilidad mía.
- 2 Antropólogo Universidad del Magdalena Grupo de Investigación en Antropología de la Ciencia y la Tecnología – ACTUM.
- 3 La población de la cual se ocupa este artículo es la comunidad de pescadores wayuu de Ahuyama, en La Alta Guajira colombiana. Se tiene como referente a esta población porque forma parte de un grupo de comunidades de pescadores modelo, en el marco del Proyecto denominado En busca de un manejo pesquero artesanal marino en Colombia.

Finalmente, reflexionaré sobre las posibilidades de plantear una política de pesca marina que se base en la construcción economías comunitarias y la importancia de reconocer la naturaleza del lugar (Escobar, 2000). Esto permitirá proyectar procesos de desarrollo distintos, que tengan en cuenta el pensamiento, la cultura y la voluntad de vivir de los pueblos de pescadores de la costa norte colombiana.

Primer momento de la pesca en la Guajira colombiana: Pesquerías de perlas, Indios de perlas y “políticas de muerte”

“Apenas salía el sol se iniciaba la tarea. Los canoeros abrían las puertas de los bohíos-prisiones y halaban de la cadena que pasaba por el grillete que cada indio tenía sujeto a un pie, señalando así la hora de levantarse. Luego venían los gritos y las fórmulas de costumbre para obligarlos a salir del aposento. El zumbido de un látigo o de un rebenque formaba parte de los sonidos mañaneros de la ranchería. Unos cuantos bofetones eran considerados una ‘medida necesaria’ para lograr que los indios fueran al trabajo”

Eduardo Barrera (2002)

Este aparte se basa principalmente en los trabajos de historiadores y antropólogos que han escrito sobre las pesquerías de perlas en La Guajira colombiana para resaltar las medidas que en este contexto los europeos establecían en orden a garantizar la producción y rendimiento de “la empresa perlera”. Dichas medidas recaían sobre poblaciones africanas e indígenas, pero era principalmente sobre la población indígena masculina, sobre los hombres que denominaban “indios de perlas” que recaían formas de explotación coercitivas que derivaban en la muerte, de ahí que se interpreten en

este artículo como políticas de muerte. Las medidas que para los “señores de canoas”, “mayordomos” y “canoeros” tendían al mantenimiento y rendimiento de “la explotación perlera”, eran al mismo tiempo lo “políticas de muerte” para los indios. Si bien tales medidas implicaban el establecimiento de rutinas de trabajo implicando el establecimiento de procedimientos que Foucault asoció con las “disciplinas”, la implementación de estos mecanismos fueron diezmando la población india hasta que se requirió un cambio en el uso de la fuerza de trabajo: el paso de una mano de obra fundamentalmente india a mano de obra africana a causa de la desaparición de los indios de perlas.

La pesquería de perlas se dio principalmente en tres lugares durante el siglo XVI en las costas cercanas a Colombia. Primero se dio en la Isla de Cubagua (Nuevo Cádiz) y luego en las Islas Margarita de las costas venezolanas. Estas dos islas eran consideradas las “capitales administrativas de la empresa perlera” (Barrera, 2002) y también se tiene conocimiento de que la pesquería de perlas se realizaba en lo que hoy es Centro América hacia 1522 (Payne, 2008). Luego de que los bancos de ostras perlíferas se agotaran en Cubagua y Margarita en las costas venezolanas, se procedió a la búsqueda de más bancos de ostrales perlíferos y fue en 1538, según varios autores (Guerra, 1997; Barrera y 2002 Navarrete, 2003), que empezó a darse la pesquería de perlas en la Península de la Guajira, concretamente en el Cabo de la Vela con el uso de mano de obra esclava indígena.

En el periodo inicial de las pesquerías de perlas en el Cabo de la Vela, los africanos y las mujeres indígenas eran empleadas como “gentes de servicios” por los “señores de canoas”, “mayordomos” y “canoeros”, mientras que los indígenas hombres eran utilizados como “indios-buzos” en la extracción de las perlas, de ello deriva el nombre que les dieron: “indios de perlas”. Las perlas se

extraían de una especie de ostras denominadas “perlíferas” y su importancia, además de ser económica -porque había un importante mercado de perlas-, radica en que eran concebidas también como “artículos de lujo, formas de acumulación de riqueza, símbolos de poder y formas de transacción comercial” (Payne, 2008). El Cabo de la Vela fue fundamental para esta actividad económica debido a que en sus costas se encontraron numerosos bancos de ostras perlíferas (llamados ostrales) que eran los que determinaban el inicio de la actividad, uno de los autores que estudió el tema plantea que:

“Una vez que la explotación perlífera se consolidó, fue desplazándose por la costa hasta el sur, al ritmo del hallazgo y agotamiento de los ostrales, y hasta 1580 conservó el nombre de ranchería de perlas del Cabo de la Vela. Las exigencias prácticas se impusieron a tal punto, que los empresarios y los oficiales reales se vieron obligados a trasladarse más cerca de los sitios de extracción... El establecimiento e inicio de la explotación dependían del hallazgo de los bancos de perlas. Para ubicarlos se procedía tomando muestras (catas) de ostras en distintos lugares a lo largo de la costa, y luego se examinaban para ver si estaban listas (en sazón) para ser explotadas. Esta tarea era realizada por expertos en la labor, y de este examen dependía que la ranchería se estableciera y comenzara la pesca, o se trasladara a otro sitio. La explotación de un banco de perlas podía durar uno o dos años y, aunque el buceo se realizaba con preferencia en la estación de lluvias, duraba todo el año” (Barrera, 2002: 4).

Los indios de perlas eran mantenidos en estancias móviles y temporales llamadas rancherías⁴. El trabajo se daba por relevos y el tiempo en el que se desarrollaba era durante todo el día hasta que los canoeros consideraran que era tiempo suficiente de acuerdo con la cantidad de ostras recogidas. Según Barrera, el trabajo era realizado de esta forma:

4 Barrera Monroy (2002) plantea que “ranchería” era “el espacio físico donde se organizaba la explotación perlífera”.

“[...] una vez que las canoas llegaban al sitio donde se hallaban los ostrales, el canoero ordenaba a la mitad de los indios que se lanzaran al agua. Descendían entre ocho y diez brazas (unos catorce a dieciséis metros) y allí debían con los dedos arrancar las ostras adheridas al fondo. La inmersión duraba entre un minuto y medio y dos minutos según la capacidad de cada indio. Una vez que el primer grupo de buzos resurgía, vaciaban sus pequeñas mochilas con las ostras (entre una y cuatro o muchas veces ninguna) y trataban de recuperar el aliento; entonces, el segundo grupo se lanzaba, relevándose así durante toda la jornada. Durante las horas en que el sol iluminaba perpendicularmente, las condiciones de visibilidad eran óptimas para realizar el descenso, pero eran las peores para la salud de los indios (Barrera, 2002: 6-7)”.

Barrera toma la información del conjunto de narraciones que encontró en los archivos que reposan en la Sección Justicia del Archivo General de Indias de Sevilla, España. En su trabajo, que lleva por título *Los esclavos de las perlas, voces y rostros indígenas de las granjerías de perlas del Cabo de la Vela (1540-1570)*, resalta una serie de medidas que eran “imprescindibles” para el rendimiento de los “indios de perlas” durante las jornadas de pesca. El autor comenta acerca de las exigencias de la producción y sus consecuencias físicas sobre el cuerpo de los indios:

“A raíz de la crisis de los ostrales, las perlas debían buscarse a mayor profundidad. Los buzos llegaron a descender hasta doce brazas, sometándose a bruscos cambios de temperatura entre la superficie y el fondo. Los accidentes eran frecuentes a causa del estallido de los pulmones y de los oídos, o por la mordedura de algún tiburón, que excepcionalmente no era mortal” (Barrera, 2002: 7).

Sobre la alimentación de los indios sometidos a la extracción perlera resalta:

“Los canoeros ponían una 'barca' de arepas de maíz quebrado en la puerta de cada prisión 'e cada indio se allega y toma una arepa de maíz e esta es su ración de almuerzo por la mañana e también les dan agua para que beban e no les dan otra cosa'. Una condición importante para garantizar la eficacia en la labor de buceo era que comieran muy poco cuando iban a la pesca; lo contrario resultaba contraproducente, porque no les permitía contener la respiración por mucho tiempo” (Barrera, 2002: 6).

También había medidas que, para conservar el nivel de producción establecían un control sobre la vida sexual de los indios:

“Algunas [mujeres indígenas] servían exclusivamente a algún indio de perlas, pero entre ellos no podían llevar vida marital 'por el daño que se sigue, que es que en cohabitando con ellas no son de provecho para la dicha pesquería de las perlas e así tienen cuidado que no habiten con sus mujeres...!. Esta exigencia, así como la de comer poco cuando iban a la pesca, se consideraban indispensables para optimizar el rendimiento de los indios en el buceo” (Barrera, 2002: 7-8).

María Cristina Navarrete (2003) en su artículo *La granjería de perlas del Río de La Hacha: rebelión y resistencia esclava (1570-1615)* muestra también las nefastas consecuencias que para los indios de perlas tenía la explotación perliera en el Cabo de la Vela:

“La pesquería de perlas fue la causa de muerte de muchos indígenas que poblaban las rancherías de la Guajira. Pocos días resistían el duro trabajo del buceo, cuando se zambullían en busca de las ostras, al salir a la superficie la sangre les manaba por la nariz y la boca debido al cambio de presión. De noche eran custodiados en un bohío como si estuvieran prisioneros. La alimentación era apenas suficiente como para no morir de inanición. Se sacaba de ellos el mayor provecho posible” (Navarrete, 2003: 39).

En este contexto no sólo circulaban las perlas, también los indios eran “objeto de propiedad” y eran comercializados, esto da cuenta de la existencia de la relación entre capitalismo y esclavitud. Los indios de perlas eran marcados en el rostro con el fin de que fueran fácilmente identificados cuando escapaban. Guerra (1997) en su artículo *La Ranchería de perlas del Cabo de la Vela (1538-1550)* propone una idea de la circulación de indígenas esclavos y los mecanismos que hacían posible tal circulación:

“Muchos de los indígenas fueron herrados en Cubagua durante las armadas de rescate organizadas en Trinidad por Jerónimo Dortal. Algunos más fueron hechos cautivos por las armadas organizadas por los habitantes de la Nueva Cádiz en las costas venezolanas. Gran parte de este cargamento humano se destinaba a abastecer a las granjerías de perlas del personal necesario para esa actividad económica. El excedente se llevaba al mercado de esclavos de las Antillas Mayores. Con posterioridad a 1538, establecidas ya las gentes de Cubagua en el Cabo de la Vela, se dificultó el abastecimiento de esclavos para las labores de buceo, de tal manera que las muertes ocurridas en las labores de extracción de perlas, así como las frecuentes deserciones, obligaron a buscar nuevas fuentes de reposición de la población cautiva en las regiones cercanas a Santa Marta, Valledupar, Mompox y con menor éxito en la costa donde se encontraban asentados” (Guerra, 1997: 39)⁵

Los negros, que eran considerados “gentes de servicios”, se dedicaban a traer agua a las rancherías del Cabo de la Vela debido a las condiciones geográficas en las que se desarrollaba la explotación. Las mujeres indias tenían la labor de preparar las arepas que se le daban de comer acompañadas con agua y en muy poca cantidad a los indios-buzos.



División del trabajo en las pesquerías de perlas: el universo intersubjetivo de la colonialidad del poder

La empresa perlífera implicaba la intervención de distintos actores con distintos roles en una jerarquía que ha sido descrita por Guerra (1997). Entre estos sujetos se establecieron relaciones que dan cuenta de lo que Anibal Quijano denominó el universo intersubjetivo de la colonialidad en América, cuando emerge como uno de los primeros laboratorios de explotación de la fuerza de trabajo (Quijano, 2000). Según Guerra (1994), los actores implicados en la pesquería de perlas pueden clasificarse en un orden jerárquico que va de “señores de canoas” a “mayordomos”, “canoeros”, “buceadores indígenas” e “indias y pajes de servicios”.

Los “señores de canoas” o “empresarios de las perlas”, eran los propietarios de las haciendas de perlas (o granjerías de perlas como las nombra Barrera Monroy (2002). Estas haciendas de perlas incluyen entre “sus bienes” a los indígenas (hombres y mujeres) y a los africanos que desarrollaban algunos

servicios de abastecimiento. También eran quienes ocupaban los cargos políticos importantes en lo que primero se conoció como Villa de Nuestra Señora Santa María de los Remedios y que hoy recibe el nombre de Riohacha, capital administrativa del departamento de La Guajira. Puede decirse en términos generales, que los señores de canoas eran quienes poseían los medios de producción y no tenían que permanecer necesariamente al frente de las pesquerías, para ello nombraban “mayordomos” y estos a su vez, articulaban a la producción al grupo de personas conocido como “canoeros”.

Los “mayordomos” (mayoritariamente europeos) y los “canoeros”, algunos de ellos negros esclavos de los señores de canoas, compartían la responsabilidad de mantener el ritmo de la producción en las pesquerías de perlas. Dicha responsabilidad tenía una serie de tareas puntuales. Los “mayordomos” eran “personas de confianza” de los “señores de canoas”. Guerra describe las responsabilidades de los mayordomos de la siguiente manera:

“Debían responder por la producción general de dichas haciendas y velar además por la conservación de las personas, canoas, aparejos y edificaciones utilizados en la extracción de perlas, que podían pertenecer a un propietario individual o a una sociedad comercial. La alimentación del personal cautivo y de los naborías⁶ así como la seguridad de las cárceles donde se concentraba a los primeros, se contaban entre sus obligaciones” (Guerra, 1997: 37-38).

5 Hay dos notas al pie de página en esta cita del texto de Guerra. La primera, corresponde a una cita bibliográfica: “Friede, 1955. Tomo IX. Doc. 2004:259”. La segunda nota al pie dice lo siguiente: “El número de indígenas que llevaron las gentes de Cubagua en 1538, es calculado por Kaplan en 900, junto con 37 canoas; en 1549 las canoas eran 34 y 379 los indios destinados al buceo de las perlas. Para 1560 dicha autora estima en 160 los indios que se encontraban en dicha actividad y tan solo 8 canoas. Por su parte Moreno 1983:119, proporciona los siguientes datos: para 1538 calcula en 192 los indios, los cuales aumentaron hasta llegar a 379 en 1546, y para 1560 establece en 155 el número de indios destinados a la extracción de perlas”.

6 La definición de naborías en el diccionario de la Real Academia Española hace referencia a los indígenas que se escapaban.

Por su parte, los canoeros eran quienes tenían a su cargo la conducción y producción de las canoas:

“Ellos dirigían el trabajo de los buceadores indígenas relacionado con la localización y explotación de los ostrales. Se hallaban autorizados para aplicar castigos a la tripulación bajo su mando. El sostenimiento de los ritmos de producción de los bancos perlíferos descansaba en su responsabilidad y eficacia para aprovechar al máximo la capacidad de trabajo de los hombres a su cargo” (1997: 38).

Los pescadores-buzos, indios-buzos o indios de perlas, constituían la mano de obra esclava que movía la empresa perlera. Eran aquellos que se sometían al trabajo de localizar los bancos de perlas y luego, mediante técnicas de buceo tomarlas y almacenarlas o depositarlas en las canoas.

Las políticas de la corona en torno a las pesquerías de perlas, hablaban del “mantenimiento de las gentes”. Éste mantenimiento era responsabilidad de mayordomos y canoeros y, la preocupación en torno al bienestar de los indígenas explotados, era una medida fundamental para que la empresa se mantuviera a los mejores niveles de producción. Sin embargo, dichas medidas redundaban en experiencias de muerte, dominación y explotación de los indígenas que como ya hemos venido mostrando, constituían políticas de muerte.

7 Ismael se encontraba al tiempo de esta investigación estudiando en bachillerato de La Normal. Bien podría ser el profesor local que tanto necesita la comunidad. Es abiertamente inteligente y tiene una vocación de la enseñanza que da cuenta de las posibilidades que tienen los habitantes de Ahuyama. En el momento en el que fui, Fabio me contaba que tenía problemas con una profesora que era wayuu, ella cobraba su sueldo, pero nunca iba a la escuela, este lugar siempre permanecía vacío.

Tal como lo expresan los autores citados, las consecuencias de la pesquería de perlas sobre la vida de los indios perleros, se inscriben en un patrón de explotación económica capitalista y fueron nefastas y destructivas para ellos sujetos al punto que, pasadas décadas del siglo XVI, fue preciso incorporar mano de obra africana en las pesquerías debido a la disminución de los indios por muerte. Las políticas de muerte pueden estar ancladas a las intervenciones disciplinarias en los términos en que lo plantea Foucault (1999). Lo que se dio en el marco de las pesquerías de perlas fue la combinación de políticas de muerte con estrategias disciplinarias en las que los ancestros wayuu fueron empleados como fuerza de trabajo en métodos coercitivos de explotación. A continuación, me centraré en los procesos llevados a cabo en la actualidad.

Segundo momento de la pesca en la Guajira colombiana: una aproximación etnográfica a las formas contemporáneas de trabajo pesquero entre los wayuu de Ahuyama

Ahuyama es una comunidad de pescadores wayuu ubicada en la parte alta de la Guajira colombiana cerca del municipio de Uribia. Este lugar es donde se encuentra ubicado el rancho de Fabio

Iguarán, hombre wayuu y líder de la comunidad, quien vive con su esposa María Ángela y sus hijos Mario, Ismael, Ronaldo, Fabiola y Daniela con quienes tuvo la oportunidad de aprender, trabajar y convivir durante unos días.

La llegada

Me encontré con Fabio en casa de la señora Olivia Enriquez, una de las más famosas comerciantes de pescado que hay en Uribia. De allí, nos dirigiríamos en kemión -como se le dice a los carros en lengua wayuu- hasta el rancho de los Iguarán, frente al mar. Cuando llegamos, Fabio se bajó de la camioneta y habló en wayuunaiki a sus hijos. Mario, el mayor de ellos se me acercó y haciendo un gesto de humildad y respeto me preguntó si me podía ayudar, yo le entregué mi mochila. El otro, Ismael, menor que Mario pero más preguntón y menos tímido⁷ se me acercó con la misma actitud, pero al ver mi esfuerzo para entregarle mi morral más grande me dijo: “le hace falta fuerza a usted, tiene que comer más pescao”. Yo sonreí y le dije que tenía razón, que iba precisamente a visitarlos para eso, para coger más fuerza y comer con ellos.

María Ángela tejía una mochila, mientras que en el taller se encontraban



Mapa I. Ubicación de Ahuyama en el Mapa de la Guajira. Cerca a Uribia. Tomado de Google Earth.

varios hombres que trabajaban para Fabio: “Mata siete”, “Cilindro”, “Siete cueros” y “Miguelito” estaban remendando las redes. Un hermano de Fabio, Julio, casualmente se encontraba en el lugar arreglando un motor y explorando la forma en la que podría montárselo a su lancha que estaba en la orilla. Yo me acerqué y estaba pendiente de lo que él hacía pues hablaba español y podía conversar con él mientras me arriesgaba a ayudarlo (sin olvidar el temor de fastidiarlo de pronto).

Hizo un nudo cruzando las lianas del ico⁸ que había amarrado a alguna parte de la lancha. Se lo añadió y me dijo “en los cursos de marino el que no haga este nudo lo pierde”. Se trata de una técnica que permite añadir un ico a otro sin hacer nudos, sino mediante una técnica de tejido que implica el uso de candela para quemar las puntas del ico y poder tejer. El sol estaba fuerte pero yo estaba dispuesto a estar donde estuviera Julio presto a ayudarlo. Sabía desde antes de llegar que tenía que ganarme el derecho de poder pescar, sabía que iba a “guerreármela”⁹ para poder estar con ellos en alguna faena.

No obstante la buena recepción que me tuve por parte de Fabio, su familia y sus trabajadores, algo que me resultaba molesto sucedía constantemente. Me sentía a ratos -realmente muchos ratos- “fuera”. Esto sucedía cuando entre ellos empezaban a hablar en wayuunaiki. Ni Fabio ni Julio dejaron de hacerlo en ningún momento, yo quedaba automáticamente excluido, me sentía “invisible”. Hoy considero que esa fue una forma de ejercer el poder y violencia simbólicamente sobre el otro que viene a fisgonearlos, pues se te reduce a nada, simplemente no cuentas, desapareces. Es muy importante encontrarse en esa situación en la que te das cuenta de que como invasor de sus espacios, que vienes cargado de otros códigos culturales (epistemología, lengua, etc.), quedas neutralizado.

-Seguramente dicen algo de mí-, pensaba, pero había otro escenario en el



que, pese a la posibilidad de que mi interpretación pueda tacharse de “ingenua”, también era cierto que los otros trabajadores no hablaban español y que por ello era necesario hablar en lengua propia. Así, me vi en medio de conversaciones en las que mi presencia se borraba, quedaba anulado mientras afirmaba mi condición de alijuna¹⁰. Estas situaciones me lo recordaban constantemente y el idioma fue la barrera más importante a superar después de ganarme la confianza de

Fabio.

La pesca en el lugar: trabajando con los pescadores de Ahuyama

Durante la noche mientras dormíamos, la marea había sacado un barco hasta la orilla que había donado el INCODER en convenio con la Gobernación de la Guajira y tenía la siguiente inscripción: CONVENIO GOBERNACIÓN DE LA GUAJIRA-INCODER. COMUNIDAD

⁸ Cabuya.

⁹ Tenía claro que en el trabajo hay que ser útil y no convertirse en un estorbo para los demás.

¹⁰ Con el término wayuu “alijuna” se designa al blanco, a las personas que no pertenecen a la etnia wayuu.

DE PESCADORES ARTESANALES DE POPORTÍN-AHUYAMA. Fabio me contó que se los habían donado, pero que no había posibilidad de trabajar con él, “porque no había capitán”.

“[...] los hay empíricos, pero como nos coja la guardacostas, nos puede meter presos, porque no nos creen que somos pescadores... lo que creo que puedo hacer es anclarlo en altamar y que los trabajadores produzcan en lancha porque como lo que piden es que se vaya a a producir...” (Conversación con Fabio Iguarán, Junio de 2009).

El barco estaba lleno de caracoles que se habían pegado al casco con el tiempo. Fabio mandó a rasparlo a Mario e Ismael. Tomé en mis manos un pedazo de palo y empecé a hacerlo junto con los muchachos. Luego Ronaldo se presentó con una lámina de hierro oxidado y me la entregó diciéndome que con esa trabajaría mejor. Después de esto, sacamos “el transparente”¹¹. Mientras lo sacábamos del barco grande, Cilindro, Matasiete, Sietecueros, Miguelito, se encontraban reparando el motor con el que saldríamos a pescar. No me habían dicho nada y ya me estaba incluyendo. De un momento a otro, cuando ya me notaba cansado, Cilindro me ofreció ayuda: -Ven primo hermano, yo te ayudo-dijo.

Eran como las nueve y media de la mañana y se fueron acercando Mata Siete, Siete Cueros, Cilindro y Miguelito, los mismos que habían

estado la tarde anterior remendando las redes. Se acercaban a la puerta de la cocina y la cocinera, una mujer wayuu como de 35 años les entregaba un plato a cada uno con espaguetis y cebolla con un trozo de plátano cocido. A mí me lo llevó Ismael donde estaba sentado y entonces me sentí incluido, confirmé que estábamos preparándonos para ir a trabajar. Mientras tanto, Fabio se encontraba trasladando un motor que Olivia le había prestado. Según muchos de los funcionarios de las instituciones del Estado que visité y que no nombraré en detalle en este escrito, Fabio es un hombre muy apreciado y es el único que le brinda desayuno y almuerzo a sus trabajadores además de pagarles.

Cuando terminé de desayunar igual que los demás compañeros pescadores, me levanté y tal como lo habían hecho los demás trabajadores, llevé el plato a la cocina, en la entrada donde estaba la cocinera. Entré y le dije gracias, ella solo repitió la palabra que yo acababa de pronunciar y me señaló donde podía dejarlo. Era una taza plástica llena de agua con jabón.

Cuando iba saliendo de la cocina ella me miró y sin decir nada -de todos modos no le entendería-, llenó un vaso verde de plástico con agua que sacó de una pasta¹² y me lo entregó, yo lo recibí y me tomé el agua asumiendo que era para eso. Años más tarde en casa de una amiga wayuu en Riohacha, me enteré que la costumbre era después de comer, brindar un vaso de agua para que los comensales se

enjuagaran la boca y no para que la bebieran. Desde mis recuerdos, yo juraría que los vi a todos beberla. Ese día sin embargo y con la sed que es característica que es generada por las condiciones del desierto, me lo bebí de un solo sorbo y se lo devolví.

Llegó la hora de salir. Yo hacía parte del grupo que trabajaría ese día, nadie me había dicho lo contrario y todo indicaba que iba a ser así. Entonces me amontone con Mario e Ismael al lado de la embarcación para empezar el trabajo. Entre aquellos que recuerdo se encontraban tres hombres esperando: el hermano de María Ángela, Milato y otro pescador. Ellos ya tenían listas sus caretas y sus aletas para el trabajo.

Milato, un hombre de unos cincuenta o sesenta años que es buzo pensó que yo era biólogo marino¹³ y entonces, haciéndome gestos como de un niño que invita a otro a divertirse, me ofreció la careta y las aletas a lo que yo, sin saber nadar siquiera, tuve que responder agradecidamente mediante señas y gestos que no podía usarlas. Mario se había subido a la lancha, luego lo hice yo y el último en montarse fue Ismael. Pero faltaba Fabio, quien luego de unos minutos apareció vestido de negro, con una camiseta manga larga y otra de estas puesta en la cara que solo permitía verle sus ojos. Ismael se vistió igual cuando ya estábamos arrancando, mientras que Mario tenía dos camisetas en sus manos. Por mi parte, yo solo me había puesto una camisa manga larga, una pantaloneta azul y las guaireñas que me habían regalado¹⁴.

Mientras nos alejábamos de la orilla me sorprendí deseando que en esta faena pescáramos mucho. Quería que esa pesca fuera significativa, más allá de lo que sería para mí la primera faena de mar. Cuando tomamos dirección hacia adentro y nos hubimos separado lo suficiente de la orilla, uno de los buzos empezó a tirar los plomos coordinando con el correr de la lancha. El peso de los plomos hacían bajar “la mochila” mientras que las boyas hacían que

11 Una de las redes que más se usan en la comunidad de pescadores. Es construida de nailon transparente, por ello se le dice comúnmente así.

12 Pasta es el término con el que se designa cualquier recipiente para guardar agua o algún objeto de plástico que tiene su tapa. Uno puede llamarle literalmente pasta a una botella con su tapa, como a un balde, pasta puede ser también lo que uno conoce como potecito, en el que Fabio o Julio guardaban su celular mientras estaban en el mar. Es el nombre del material de que está hecho el recipiente, lo que sirve para designarlo en términos generales.

13 Fabio inicialmente pensó lo mismo al conocerme. Cuando se enteró percibí en él una leve desilusión que se calmó luego cuando fuimos compartiendo más acerca de mi trabajo.

14 Guaireñas son las zapatillas que usualmente portan los wayuu. Son tejidas y su suela es hecha del caucho de las llantas de carro. Algunas de ellas tienen aún visible la marca. Estas fueron un regalo de Ismael y aún a la fecha, Abril de 2013 las conservo.



flotara el otro extremo sobre el agua del mar, esto terminaba haciendo que la red quedara estirada.

La idea era hacer un recorrido en el mar con la forma de una U empezando desde la orilla y encerrar poco a poco hasta que se estirara toda. De un momento a otro Milato se lanzó al agua mientras la lancha seguía y luego de haber tomado cierta distancia de Milato, lo hizo el hermano de María Ángela y, finalmente, cuando ya la red había sido tirada toda, lo hizo el último de los buzos.

Solos quedamos entonces Mario, Ismael, Fabio y yo en la lancha. Ismael se puso la camiseta en la cara y se tiró en la lancha al lado de Fabio a dormir, quedamos sólo los tres. Entonces miré a Mario, quien me llamaba en el momento

haciéndome señas de que me acercara y con el afán de no ser un estorbo le pregunté:

*-¿Qué hacemos los que nos quedamos aquí?- le pregunté.
-Limpiar la lancha- me dijo.*

Entonces empecé con él a recoger la arena mojada y pegada que tenía en el piso la lancha. Luego de un tiempo, Mario hizo lo mismo que Ismael y se durmió. Entonces de donde estaba me fui para la proa. Desde allí miraba a la orilla y trataba de determinar la distancia, desde allí miraba a Fabio que estaba en silencio, con una pasta atada al cuello en la que guardaba su teléfono celular. De cuando en cuando aceleraba el motor como para estirar la red. Los

buzos estaban haciendo lo mismo, revisado la forma en que iba quedando.

Estuvimos a lo largo de unas dos horas estirando el chinchorro. A lo lejos se veían entrar los pescadores que se habían quedado en la orilla. En un momento, el hermano de María Ángela salió del mar y de un salto ya estaba en la lancha. Todo cuanto decían era en wayunaiki, de los bolsillos de su bermuda sacó dos pescaos rojos. -¡pargos! -gritó Mario mientras sonreía.

Volvió a tirarse indicando ciertos lugares mientras hablaba en wayuunaiki con Fabio. La lancha empezó entonces a hacer cruces y entonces fue cuando Mario y yo empezamos a ayudar. Tomábamos las boyas en ciertos puntos y los amarrábamos a la cruz donde se

Lo que he intentado hacer en este artículo es mostrar en términos generales, cómo el capitalismo sufre cambios históricos en la forma de operar y de explotar la vida y el trabajo de seres humanos y la naturaleza.

amarra el ancla de la embarcación que esta vez se utilizó para asentar el chinchorro en su extremo cuando salimos. Había cruces que dábamos constantemente, Fabio indicaba donde había que retomar las boyas y jalar para que quedara templada, “derecha”.

Un pelícano siempre nos acompañaba. Era un trabajo compartido por todos. A lo lejos se veía que hombres marchaban desde la orilla hacia un lugar del chinchorro para vigilar que estuviera bien, para jalar. Luego volvía a verlos en la orilla. Las orejas me ardían bastante y me las mojaba cada vez que podía. Los pescadores tienen unos sacos de fibra plástica que usan como fajón. Ese fajón tiene un ico añadido que sirve para amarrarse el chinchorro a la cintura y jalar con la fuerza de todo el cuerpo en vez de lastimarse las manos, como me pasó a mí. Otro saco, lo van llenando de pescados medianos que iban encontrando y que cada pescador se lleva para su casa.

Fabio me pidió que ayudara a subir la red. Cada vez que los pescadores

avanzaban en su jala, yo debía ir embarcando y regando la red en la lancha, para que quedara lista para el próximo lanceo y a su vez no se enredara. Este trabajo debía hacerse con cuidado de no sacar los plomos del fondo porque se salían los pescados de la red. Si intentaba usar fuerza donde no la necesitaba, lo que hacía era voltearla y dejar espacio para que se salieran, estorbar. De vez en cuando el mismo peso de los pescados jalaba hacia el mar, yo tenía que dejar que regresara al fondo. Varias veces me regañaron los pescadores por intermedio de Fabio. Se acercaban a él y le decían algo, luego él se acercaba y me explicaba.

Como insinué más arriba, era común ver a los pescadores que de vez en cuando sacaran pescados de las redes que iban jalando. Algunos los guardaban en sus sacos y otros los tiraban a la embarcación y se metían en canastas amarillas de plástico. Los que iban a parar en éstas eran los más grandes. Es un trabajo largo y fuerte que agota. Salimos a las 10 y media de la mañana y regresábamos a las cuatro de la tarde.

La tarea consistía en ir achicando la red. Íbamos recogiendo a medida que el espacio de los pescados se iba reduciendo. Así mismo, el número de pescados ascendía en la lancha a medida que se acercaban pescadores para dejarlos en las canastas que teníamos en el piso. Yo me limitaba a jalar el chinchorro e ir estirando la red. Salían róbalos (*Centroponus Undecimalis*) grandes, de cuatro o cinco kilos; salían picúas (*Sphyræna picudilla*); mojarras (*Diapterus rhombeus*), sierras (*Acanthocybium solandri*) y pargos (*Lutjanus*).

Era una forma de trabajo en la que la producción y la distribución se estaban dando simultáneamente. Se trataba de tomar los pescados, clasificarlos para la venta y al mismo tiempo distribuirlos entre ellos mismos. Pensé bastante en la pesquería de perlas, donde “el patrón era otro”, donde los “buzos” eran castigados si alguno de ellos osaba tomar algo de lo que con tanto sacrificio había sacado del fondo del mar. Hoy la tarea estaba en manos de los mismos wayuu, no estaban los “canoeros” y las relaciones e intercambio eran fundamentalmente en función de la igualdad, la solidaridad y la complementariedad: Todos trabajamos, todos pescamos, todos ganamos.

Cuando los pescadores veían la necesidad tomar varios pescados con

15 El pescado peligroso es aquel que muerde o aquel que tiene espinas. Los pescadores manifiestan que puyarse con un pescado es suficiente para pasar uchos días sin poder dormir a causa del dolor que producen las espinas de pescado.

sus dos únicas manos, se metían uno dentro de su boca y lo apretaban fuertemente con los dientes por la cabeza. Este procedimiento se hacía sobre todo cuando el pescado era mediano, peligroso y se movía bastante¹⁵. Era una forma de controlarlo mejor, matándolo y evitando cortarse o puyarse. Eso me sorprendió y me hizo entender por qué es que lo hacían. Hasta entonces solo había escuchado el rumor, pero nunca lo había visto: era Mario, el hijo de Fabio quien riendo de contento por la gran cantidad de peces que había en la red y apurado por querer sacarlos todos, lo hacía.

Reflexiones finales

El primer momento histórico, el de las pesquerías de perlas en el siglo XVI en La Guajira colombiana, sirve para tener en cuenta varios puntos en el marco de la formulación de una política integral de manejo pesquero artesanal marino. Si bien hoy puede parecer difícil hablar para el contexto del siglo XVI en términos estrictos de “políticas de pesca”, si se puede dar cuenta de una serie de medidas de producción en las que unos sujetos concretos (indios de perlas, pescadores hoy) eran objeto de unas “políticas de muerte” que indefectiblemente se encuentran asociadas a procesos de producción y apropiación del mar estrechamente ligados a la acumulación incesante de capital. Estos sujetos asumían el peso de medidas de producción que derivaban en su muerte. Para los españoles en el contexto de las pesquerías de perlas lo que importaba era la producción y cuando la población desaparecía a causa de las muertes de los indios-buzos, entonces esta era reemplazada por mano de obra africana.

Del mismo modo, los ostrales (como se le llamaba a los bancos de perlas en la época), eran objeto de un patrón de explotación de la naturaleza que puede comprenderse en el ciclo de identificar-agotar-dejar y buscar otro. Se trataba entonces no sólo de un agotamien-

to/explotación de la fuerza de trabajo de los indios primero y de africanos después, sino también de la vida marina. En el marco de las recientes discusiones sobre las relaciones de los seres humanos con el ambiente, esta historia debería tener algo que enseñar.

Estos dos puntos dan cuenta de las necesidades económicas y políticas que tenía el imperio español en el marco de la expansión de la economía mundo y de un patrón de explotación económica como el capitalismo. Lo que he intentado hacer en este artículo es mostrar en términos generales, cómo el capitalismo sufre cambios históricos en la forma de operar y de explotar la vida y el trabajo de seres humanos y la naturaleza. Tener en cuenta estos elementos implica que se reconozca que el capitalismo histórico empieza por este tipo de producción (lo que muchos académicos, activistas y políticos han denominado saqueo). Adicionalmente, mi apuesta ha sido la de mostrar etnográficamente una forma alternativa de trabajo en el mar, basado en relaciones de reciprocidad donde los intercambios son más equitativos entre quienes producen en la actividad pesquera.

Ahora bien, eso no significa olvidar que actualmente el modelo económico imperante sigue siendo el capitalismo, pero este ha planteado una serie de cambios en su forma de operar. Si con nuestro primer aparte en las pesquerías

de perlas del Siglo XVI se puede dar cuenta de una destrucción de la vida¹⁶ (tanto marina como de seres humanos), hoy la retórica de este sistema económico hegemónico habla de “conservación” y de lo que parafraseando a Michel Foucault se puede entender como el establecimiento de políticas sobre y para la vida, sin que ello haga olvidar también que éstas políticas se basan en lo que el mismo autor llamó hacer vivir y dejar morir, como fundamento de la biopolítica. ¿A qué me refiero? A que pese a las buenas intenciones que comportan los procesos de intervención sobre las comunidades pesqueras que buscan mejorar sus “condiciones de vida”, estos parten de criterios de selección de las comunidades que identifican y reconocen “comunidades modelo”. Éstas, en este caso, son las más cercanas al perfil poblacional requerido por el mercado capitalista, dejando de lado muchas veces a las “menos organizadas” y desconociendo algunas otras su existencia y voluntad de vivir expresadas en sus formas locales de trabajo y de relación con su entorno.

Reconocer hoy el valor de las formas en las cuales se dan las relaciones de producción en “el lugar” (Escobar, 2000), tener en cuenta las relaciones e intercambios sociales, la distribución, la escala de producción, las formas locales de intercambio de trabajo por otros bienes necesarios para los pescadores y las formas en que estos llenan los vacíos

-
- 16 Los estudios biopolíticos basados en gran medida en la obra del pensador francés Michel Foucault, se dedican a observar las formas en las cuales el poder del Estado procura las mejores condiciones de existencia de las poblaciones (saneamiento, alimentación, salud, natalidad, mortalidad, etc.) para hacer las más productivas en el marco de la economía capitalista. Esta relación entre capitalismo y poder, también ha sido ilustrada en mi tesis Políticas de la pesca ayer y hoy en La Guajira Colombiana. Colonialidad del poder, invención del pescador e intervenciones biopolíticas y disciplinarias (Sánchez-Maldonado, 2011)
- 17 Generalmente se parte de identificar y asimilar las formas locales de producción con atraso económico y tecnológico, abriendo el espacio para que sean descalificadas como insuficientes para satisfacer las “necesidades de la población”. De este modo se obvia el hecho de que “necesidades” son de hecho definidas desde la misma comunidad y no desde nuestra perspectiva de la vida urbana en la que normalmente nos desenvolvemos (Gasché, 2002).

que la economía de mercado no alcanza a llenar constituye un ejercicio clave para establecer exitosamente un proceso de trabajo con los pescadores no sólo de Ahuyama sino de diferentes partes del país.

Identificar en “clave positiva” las formas y los procesos de producción locales implica entonces asumir las posibilidades de la política de pesca desde el lugar (partir del lugar), y no un diseño que viene de afuera basado únicamente en parámetros científicos y económicos. Para ello es preciso un trabajo centrado en la identificación, construcción y potenciación de economías del lugar que pueden anclarse perfectamente con estrategias de conservación basadas también en el lugar.

Finalmente, vale decir que estas reflexiones no totalmente mías, sino que tomo como referentes los planteamientos de Arturo Escobar quien ha explicado concretamente cómo se concibe el lugar en Antropología y la forma como éste había desaparecido y apareciendo con fuerza en el campo del desarrollo. Para Escobar, el lugar debe ser asumido

“[...] como la experiencia de una localidad específica con algún grado de enraizamiento, linderos y conexión con la vida diaria, aunque su identidad sea construida y nunca fija, continúa siendo importante en la vida de las personas, quizá de todas. Existe un sentimiento de pertenencia que es más importante de lo que queremos admitir, lo cual hace que uno considere si la idea de 'regresar al lugar' -para utilizar la expresión de Casey- o la defensa del lugar como proyecto -en el caso de Dirlík, no son cuestiones tan importantes después de todo” (Escobar, 2000:113)

Reconocer el lugar tiene varias implicaciones entre las que se encuentra la necesidad de trabajar con y desde la

comunidad, desde sus prácticas económicas, sociales y culturales. Implica también redefinir –léase cuestionar críticamente- los conceptos económicos (necesidades básicas, intercambio, distribución, consumo), los conceptos políticos (principalmente la forma en que los imaginamos) y los conceptos ecológicos (fundamentalmente pensar críticamente desde qué noción de “naturaleza” debemos trabajar la conservación, la de ellos o la de nosotros o una construida mediante el diálogo interepistémico e intercultural). Implica, al mismo tiempo tomar en consideración las formas en las cuales ha venido haciendo presencia “el desarrollo” en lugares periféricos para no repetir sus nefastos efectos. Implica, en suma, vincular y reconocer la vida en el lugar, más allá de un simple reconocimiento cultural. ■

Referencias citadas

Barrera, Eduardo. 2002. Los esclavos de las perlas. Voces y rostros indígenas de las granjerías de perlas del Cabo de la Vela (1540-1570).

Borrero, Francisco y Juan Díaz. 1995. Evaluación ecológica y prospección pesquera preliminar de los bancos de ostras perlíferas (*Pinctada Imbricata Pteria Colymbus*) en el Norte del Caribe colombiano.

Escobar, Arturo. 2000. “El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: globalización o postdesarrollo”. En: Lander, Edgardo (Editor). 2000. La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-CLACSO. Buenos Aires, Argentina.

Foucault, Michel. 1991. Historia de la sexualidad. La voluntad de saber.

_____. 2005. Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión. Siglo Veintiuno Editores. Buenos Aires, Argentina.

Gasché, Jorge. 2002. Criterios e instrumentos de una pedagogía intercultural para proyectos de desarrollo en el medio bosquesino amazónico. Relaciones, Vol 23, Número 13. El Colegio de Michoacán, México. pp. 193-234.

Guerra, Weidler. 1997. La Ranchería de perlas del Cabo de la Vela (1538-1550). Revista Huellas. Universidad del Norte, Barranquilla.

Navarrete, María. 2003. La granjería de perlas del Río de La Hacha: rebelión y resistencia esclava (1570-1615). En: Revista Historia Caribe. República, negros y Castas. Vol III, Número 8. Universidad del Norte, Barranquilla.

Payne, Elizet. 2008. Las perlas de la reina. Explotación perlífera en el pacífico de Centroamérica (1522-1850). 9 Congreso centroamericano de historia. <http://historia.fcs.ucr.ac.cr/articulos/2008/especial2008/articulos/03-Colonial/29.pdf>